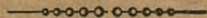


Francia contra un millon de hombres. La victoria no podia hacer nada por tan corto número: únicamente podia gastarle un poco menos pronto que la derrota. Contaba con un imposible, ó solo queria ilustrar su última lucha. Nadie sabe lo que pasó en aquella alma endurecida ya hacia algunos años en las ilusiones. La mas verosimil es que contaba con algunos triunfos brillantes, pero pasajeros, que hubieran servido de pretesto al emperador de Austria para negociar con él. Jamás creyó que un padre deshonraria á su yerno, ni que los reyes destronarían al vencedor de la Revolución. Por lo menos no dudaba que aunque vencido y separado del trono, no trasmitiesen el imperio á su hijo.

Llegó á Chalons el 25 de enero, revolviendo en su cabeza aquellos pensamientos. Por todas las partes del tránsito fué recibido con los gritos de *¡Viva el emperador!* *¡Abajo los derechos reunidos!*... El pueblo, conmovido y descontento á un tiempo mismo, manifestaba con aquel grito su entusiasmo por el guerrero, y su cansancio de la tiranía.



LIBRO SEGUNDO.

Campana de 1814.—Plan de Napoleon.—Marcha del emperador sobre Saint-Dizier al encuentro de los aliados.—Napoleon se repliega sobre Brienne.—Reunion de Blucher y de Schwartzberg.—Batalla de la Rothiere.—Combate de Marmont en Rosnay.—Napoleon se traslada á Troyes.—Su permanencia y sus fluctuaciones en Troyes.—Congreso de Chatillon.—Caulaincourt.—Ultimatum de los soberanos aliados el 8 de enero.—Correspondencia del emperador y de José.—Blucher se repliega hácia Chalons y marcha sobre Paris.—Napoleon se dirige sobre Champ-Aubert para detener á Blucher.—Combate de Champ-Aubert.—Batalla de Montmirail.—Batalla de Vauchamp.—Napoleon retira á Caulaincourt la autorizacion para firmar la paz.—Schwartzberg amenaza á Paris y baja por el valle del Sena.—Napoleon corre á él.—Batalla de Montereau.—Napoleon vuelve á entrar en Troyes el 23 de enero.—Manifestacion realista.—Ejecucion del caballero de Gonault.

I.

Los generales que habian quedado en las orillas del Rhin sin fuerzas suficientes, procuraron cerrar al menos las gargantas de los Vosges y de la Alsacia, avenidas de las llanuras francesas. Apurados, envueltos, y comprometidos, se retiraron á paso lento hasta el otro lado de aquellas montañas. Cuatrocientos mil hombres, rusos, prusianos y austriacos, los seguían de cerca, aumentándose todos los dias con nuevas columnas que atravesaban el Rhin. Aquellos cuatrocientos mil hombres formaban dos ejércitos, uno á las órdenes de Schwartzberg, y otro á las

de Blucher. Despues de inundar todo el álveo del Rhin, la Alsacia, el Franco-Condado, los valles de los Vosges, y la Lorena, dirigianse lentamente uno hácia otro para reunirse, como los ejércitos de Atila en Troyes, capital de la Champaña. El emperador, imitándose á sí mismo como acontece á los genios gastados, resolvió interponerse atrevidamente entre aquellos dos ejércitos, dar separadamente la batalla á cada uno de ellos con aquel puñado de combatientes desesperados, separarlos lo mas lejos que le fuese posible, uno á la izquierda hácia sus plazas del Norte, otro á la derecha hácia Lyon, y aprovechar contra cada uno de ellos, aventurados de aquel modo en lo interior, los azares de la victoria, el terror pánico de la derrota, y el entusiasmo de la insurreccion nacional ante el paso del extranjero. Aquel plan, aunque inferior al de la concentracion, inspirado á las naciones como al individuo por la lucha defensiva, habria podido concebirse, si el emperador hubiese tenido al menos una fuerza igual en la mitad ó en una cuarta parte á la de los ejércitos que marchaban sobre él. Pero el día en que llegó á Chalons, los aliados contaban ya en Francia cuatrocientos mil soldados. Otros quinientos mil bajaban de los Alpes detrás de aquella vanguardia, de los Pirineos, de los Vosges, y del Jura. Una campaña concebida de aquel modo, no era mas que una aventura heroica. Iba á prodigar el resto de la sangre de sus bravos compañeros, ilustrar una caída y á aniquilar una nacion.

Napoleon habia mandado dirigirse á Chalons los restos de su guardia, y los cupos de la nueva conscripcion.

II.

Las cabezas de columna del ejército ruso y prusiano, mandadas por Blucher, llegaban á Saint-Dizier. Las avanzadas del ejército austriaco de Schwartzemberg, estaban

junto á Langres. El emperador con el ejército francés no ocupaba mas espacio que el que mediaba entre aquellas dos ciudades, y las llanuras de París que quedaban á su espalda. Las tropas veteranas y sus soldados bisoños, le recibieron con un entusiasmo, á que el infortunio de su general parecia añadir lo que el infortunio comunica al genio, la desesperada ternura de la abnegacion. Sus gritos arrostraban la adversidad y desafiaban á la muerte. Napoleon aprovechó aquel entusiasmo que su presencia inspiraba siempre en los campamentos. Con aquel puñado de hombres se lanzó delante del ejército prusiano para cortarle el camino de Langres, y llegar antes que él á las orillas del Marne, que aquel ejército tenia que atravesar para ir á Troyes. Ya era demasiado tarde. La mitad del ejército prusiano habia pasado el Marne, y avanzaba en fuerza hácia la capital de la Champaña. La otra mitad se disponia á atravesar aquel rio cuando Napoleon llegó á él. Con una mirada pudo escoger entre los dos azares que la fortuna le presentaba: cortar en dos el ejército de Blucher, y diseminarle á derecha é izquierda, ó bien precipitarse á marchas forzadas sobre la cabeza de aquel ejército, llegar á la primera columna que iba delante de él hácia Troyes, atacarla, deshacerla, entrar en Troyes antes que Schwartzemberg, y colocarse de este modo como un muro impenetrable en el punto de reunion señalado para los dos ejércitos. La necesidad de anticiparse á los emperadores en Troyes, le decidió prontamente por este último partido. La timidez de su marcha, la indecision de sus primeras columnas al aventurarse en el corazon de la Francia, podia ofrecerle una ocasion de vencer. Una victoria, aunque incompleta, contra los cuerpos de ejército en que se encontraban los soberanos, podia llenarlos de asombro, y decidirlos á volver á entablar las negociaciones. El general y la política estaban de acuerdo entre sí para correr al desenlace de su destino, que estaba en Troyes.

III.

Los rigores de la estación parecían reunirse á los de la campaña: unas continuas y frías lluvias habían puesto intransitables los caminos. Una capa de nieve y de escarcha cubría las carriladas y los barrancos en donde quedaban atascados hombres, caballos y cañones. Afortunadamente el ejército iba muy aliviado de equipages, porque unido de corazón con el país, en todas partes encontraba pan y forrages. Hasta las últimas cabañas se despojaban con cordial hospitalidad para alimentar y calentar á aquellos últimos defensores del hogar francés. Pocos rezagados quedaban en los caminos: el entusiasmo excitaba á todos á no separarse de las filas y á seguir al emperador. El prestigio de sus victorias parecía haberse perpetuado con el espíritu de su guardia y de sus batallones de reserva. Aquella guardia se creía solidaria ó fiadora del emperador. Se creía obligada á sacrificar hasta su último hombre en defensa del territorio. Notábase en las rudas fisonomías de aquellos pretorianos la vergüenza de haber traído al país al enemigo, y el ardiente deseo de arrojarle de él. Marchaban con la cabeza y los ojos bajos, y guardaban un silencio mucho mas belicoso y siniestro que su antigua alegría soldadesca. Conociase que no solo era la victoria la que marchaba invisible delante de ellos, sino la venganza de la patria. La mayor parte de aquellos soldados curtidos en los arenales del Egipto, los calores de España y las nieves de la Polonia y de la Rusia, eran veteranos infatigables en las marchas é insensibles al fuego de cañón. Verdaderas máquinas de guerra animadas, parecía que no participaban de las debilidades ni necesidades de la naturaleza. La confianza en sí mismos, el desprecio del número, y la indiferencia en el fuego, los multiplicaba á sus propios ojos.

En medio de una columna de aquellas tropas, marchaba Napoleon unas veces á pie otras á caballo, no metiéndose en su carruage, ó en la primera casa de un artesano que encontraba en los altos que hacía, sino para desarrollar sus cartas, trazar su itinerario, dar órdenes á sus oficiales, y dormir un poco junto á la lumbre del vivac ó de la chimenea.

IV.

Se reunió pues con su vanguardia que había ya pasado de Saint-Dizier, y lanzó sus columnas sobre Brienne. Instruido Blucher á tiempo de la aproximacion del ejército francés, aglomeró la primera mitad del ejército ruso y prusiano, en aquella ciudad y en el castillo. Napoleon, en el último término de su carrera de soldado, era llevado al punto de su partida, como un ciervo perseguido por la jauría. En la escuela de Brienne había recibido las primeras lecciones de los combates. Su oscura infancia se le aparecía al declinar su poderío y su gloria. Un abismo de acontecimientos mediaba entre ambos puntos de su vida. Parecíale que iba á combatir teniendo por testigos sus juveniles recuerdos. Aquel pensamiento, según dicensus confidentes, le hizo sonreír y le inspiró confianza en su fortuna. Conocía su campo de batalla, por las huellas de sus primeros pasos grabadas en su memoria. No titubeó en atacar con una tercera parte de sus fuerzas, á los sesenta mil hombres atrincherados de Blucher. Los generales rusos Saken y Alsafief, estaban encargados de defender la ciudad, y los prusianos, á las órdenes del mismo Blucher, las aluras que la rodeaban, y la formidable posición del castillo. Napoleon mandó el asalto á sus tropas sin darlas el menor tiempo de descanso, de secarse, ni comer. Estaban tan impacientes de combatir como él mismo. Era el primer gran choque en el suelo

francés, y fué terrible. Napoleon ensayaba su fortuna, y le correspondió con prodigios de sus soldados. Brienne y el castillo fueron tomados por el irresistible arrojado de la guardia: el número desapareció ante la intrepidez. Blucher, según su costumbre, se espuso como un simple soldado para hacer avanzar ó contener sus batallones. Arrojado dos veces por cargas francesas se vió separado de sus escuadrones, y se batió cuerpo á cuerpo, no por la victoria, sino por la vida. Desprendido dos veces por medio de su sable, de las manos de los ginetes franceses, solo pudo librarse por los azares de la refriega y por la fogosidad de su caballo. Antes que aquel corto día de invierno cubriese de sombras y de nieve los diez mil cadáveres que yacian esparcidos por Brienne y sus inmediaciones, Blucher, desesperando el romper aquel muro de bayonetas, se replegaba silencioso por la orilla derecha del Aube, para unirse con el ejército de Schwartzenberg por la parte de Bar y de Troyes.

El mismo Napoleon, solo debió su salvacion á las tinieblas. Despues de apagados los fuegos, volvió á entrar lentamente en su cuartel general, á alguna distancia de la ciudad reconquistada. Caminaba solo, un poco apartado de su estado mayor, que le dejaba entregarse libremente á sus reflexiones. Los cuerpos franceses y rusos andaban todavía mezclados por acá y por allá, como sucede despues de las batallas, cuando los combatientes se separan. Un escuadron ruso que marchaba por la falda de la colina para incorporarse con el ejército que iba en retirada, oyó las pisadas de los caballos de la escolta del emperador, la cargó y la envolvió en la oscuridad. Napoleon cercado un momento, fué reconocido por dos ginetes rusos que inmediatamente le acometieron. El general Corbineau se arrojó entre el emperador y uno de los cosacos: el ayudante de campo del emperador, Gourgaud, derribó al otro de un pistoletazo. Acudió la escolta y los salvó á todos. Napoleon volvió á emprender el camino de su vi-

vac, meditando sobre la esterilidad de una victoria, que le costaba cinco ó seis mil muertos y heridos, y que no producía mas que una lijera variacion de camino en el ejército enemigo.

V.

Blucher y Schwartzenberg se reunieron en efecto al día siguiente en Bar-sur-Aube. Retrocedieron juntos en número de ciento cincuenta mil hombres á atacar á Napoleon, debilitado por su primera victoria. Los aguardaba á tres leguas de Brienne, en la aldea de la Rothiere. No podia desplegar mas que cuarenta mil hombres fortificados en aquella posicion. Desesperanzado Bonaparte de vencer, y consumiendo sin ventajas el tiempo y la sangre, conservó inútilmente aquel campo de batalla, á fuerza de heroismo de sus soldados. Allí, como en otras partes, quiso hacer imposibles, en vez de amoldarse cual Turena y Federico, al papel de inferioridad numérica, y estrechar el espacio en derredor suyo. La costumbre de la superioridad de sus ejércitos sobre los del enemigo, le engañaba. Combatía con un trozo de ejército, como en otro tiempo con quinientos mil soldados. Tenía todavía el genio de los combates, pero no el de la situacion. Seis mil franceses quedaron en el campo de la Rothiere. En tres días faltaban doce mil hombres á un ejército de setenta mil combatientes. Parecía que Napoleon, por primera vez, pedía á la noche que encubriese con sus tinieblas el dolor y la humillacion de una retirada. Durante la batalla mandó echar puentes sobre el Aube, y dejando al mariscal Marmont en retaguardia con seis mil hombres, se aprovechó de la oscuridad para pasar el río, y volver á tomar como á la ventura, el camino de Troyes.

VI.

Decimos á la ventura, porque la ocupacion de Troyes, indispensable antes de la reunion de Blucher y de Schwartzberg, carecia ya de importancia verificada aquella, á pesar suyo, despues de las batallas de Brienne y la Rothiere. Proseguia su camino sin objeto, andaba errante por Francia, ya no marchaba. Seguíale Marmont, acosado muy de cerca por la caballeria prusiana, y precedido de veinte mil bávaros que se habian adelantado hasta Rosnay. Echó pie á tierra, é imitando heroicamente al emperador en Brienne, cayó con algunos batallones sobre el cuerpo de ejército que le cerraba el paso. Se le abrió á la bayoneta, y llegó á Arcis-sur-Aube, á la misma hora que el emperador entraba en Troyes.

VII.

Apenas llegó á Troyes, se arrepintió de permanecer en aquel punto en que no podia defenderse, ni servirse de él como base de una operacion agresiva. La vana satisfaccion de entrar en una ciudad de su imperio y permanecer en ella tres dias, le costaba doce mil hombres, el cansancio de los restantes, y el alejarse veinte y cinco leguas mas de la capital, descubierta por su escursion al centro de la Champaña.

El camino de París quedaba espedito á los ejércitos reunidos de Blucher y Schwartzberg, si al aniquilar los débiles cuerpos de Napoleon le hubiesen perseguido en vez de cortarle.

VIII.

En los tres dias que estuvo titubeando en Troyes, re-

cibia noticias siniestras de todas partes de su imperio. El general Maison, lugarteniente de toda su confianza en Bélgica, rechazado por la insurreccion del pais, habia entrado en el departamento del Norte, con las fuerzas escasamente necesarias para cubrirle. El mariscal Soult, el mas consumado y de mayor sangre fria de sus generales, abandonaba la direccion de Burdeos, que se le habia prevenido al entrar de España, y se replegaba pausadamente hácia Tolosa. París murmuraba de no oír todavía el ruido de una de aquellas victorias á que estaba acostumbrado al abrirse una campaña. Los departamentos invadidos ó amenazados no se levantaban al sentir los pasos del enemigo. Los voluntarios de 1792, no cubrian los caminos cantando la *Marsellesa*. El despotismo no hacia los milagros de la libertad: la Francia estaba fria. Comenzaba á discutirse en voz baja, que forma de gobierno sustituiria al imperio. Algunas voces pronunciaban los nombres de los Borbones olvidados ya hacia veinte años: aquel prolongado olvido era favorable á su causa. El recuerdo lejano tiene sus prestigios, que pueden hacerse aparecer á los ojos de los pueblos, como esperanzas indefinidas. Lo pasado tiene sus ilusiones como el porvenir. La poblacion jóven é ignorante no rechazaba ya la memoria de los antiguos reyes que la retrataran sus padres. Savary, ministro de la policia, decia rudamente la verdad á su amo. El imperio comenzaba á temblar bajo sus pasos. Todavía era tiempo de resignarse con la desproporcion de sus fuerzas relativamente á las desmesuradas que lo iban estrechando, y de formar en derredor de su capital un ejército de doscientos mil hombres llamándolos de las estremidades al centro. Lo quiso y no lo quiso: se dejó guiar una hora por la razon, una hora despues por la menor claridad de su estrella, un poco por la necesidad, y otro poco por la ilusion, pero siempre por la indecision. Su permanencia en Troyes no era mas que la prolongacion y el sistema de sus incertidumbres.

IX.

Mr. de Caulaincourt su negociador intimo desde que desconfiaba de Mr. de Talleyrand, habia salido de París algunos dias antes que Napoleon marchase al ejército. Confidente del emperador, llevaba sobre su nombre el sello de una complicidad involuntaria, pero terrible, en el rapto del duque de Enghien. Era una de las manos de que Napoleon se habia servido para llevar la víctima al sacrificio: aquel dolor pesaba sobre Caulaincourt. Su favor, sus dignidades, su título de duque de Vicenza, su larga familiaridad con el emperador de Rusia, en cuya corte habia residido como embajador, no bastaban para borrar aquella mancha de su frente. Habia sido engañado, decia que era inocente; le creian, pero no podia perdonarse á sí mismo el haber obedecido á una orden cuyo resultado fué un crimen. No tenia refugio mas que en su conciencia delante de Dios, y ante los hombres en su adhesion al emperador. Semejante negociador debia desear ardientemente la paz, porque ella alejaba definitivamente á los Borbones. El nombre de Caulaincourt y el de Condé no podian volver á encontrarse en Francia: su regreso era su destierro. Por eso lo habia escogido Napoleon: sabia que un embajador tan comprometido con la Restauracion, no podia transigir con ella. Una complicidad aparente le respondia de su fidelidad á toda prueba.

X.

Caulaincourt llegó á los puestos avanzados de los ejércitos coaligados, y fué detenido allí algunas semanas. Habian pasado el Rhin, las columnas avanzaban,

los generales maniobraban, y las provincias iban cayendo unas detrás de otras en manos de la coalicion. Los gabinetes extranjeros querian dar tiempo á sus victorias, porque siempre habria oportunidad para abrir un congreso, cuando los acontecimientos se pronunciasen mas. En fin, Mr. de Metternich, verdadero Ulises de aquel consejo de reyes, les hizo consentir en abrir un simulacro de congreso, en el mismo corazon de la Francia. Los aliados escogieron la pequeña poblacion de Chatillon, en los confines de la Borgoña y de la Champaña, en la confluencia de todas aquellas corrientes de ejércitos, que se disputaban el terreno de la Francia. Hicieron neutral á Chatillon, para que las vicisitudes de la guerra no perturbasen la negociacion. El 27 de enero, Caulaincourt, detenido en Nancy, recibió del príncipe de Metternich la invitacion de trasladarse á Chatillon. Allí encontró al conde Razumoski, negociador por el emperador Alejandro; al conde de Stadion por el Austria; al baron de Humboldt por la Prusia, y al lord Castlereagh por la Inglaterra. Las conferencias se abrieron el 4 de febrero, sin grandes esperanzas por ninguna de las partes. Era mas bien una conversacion oficial entre los representantes de las cortes y el de Napoleon, que una negociacion que tenia por base una tregua, y por objeto la paz. Era evidente que el verdadero plenipotenciario, invisible en aquel congreso, era la fortuna de la guerra. Los acontecimientos militares, base de las conferencias, cambiaban á cada momento. ¿Cómo habian de tener las discusiones un punto de partida y una solucion?

El mismo emperador Napoleon, á pesar de la confianza que tenia en su negociador, se guardó muy bien de darle plenos poderes y un *ultimatum* decisivo. Los primeros dias mandó á Mr. de Caulaincourt que no consintiese mas que en los *límites naturales*, y en ellos comprendia los departamentos de la orilla izquierda del Rhin, la Bélgica, Amberes, Ostende, y la Saboya. Algunos dias

después, le envió la autorización formal para consentir en la desmembración de aquellas conquistas de la revolución. «Concededlo todo, decía, para salvar la capital, y evitar una batalla suprema, que consumiría las últimas fuerzas de la nación.»

XI.

Los correos portadores de las resoluciones recíprocas de Napoleón y de los aliados, se cruzaban á cada momento entre Chatillon y el cuartel general francés. En la víspera ó á la conclusión de cada combate Napoleón recibía un despacho y dictaba una respuesta: combatía y trataba á un mismo tiempo. Al recibir el día 8 el ultimatum de las potencias que exigía que el emperador despojase á la Francia de todas las provincias adyacentes, cuyo dominio poseía, acababa de combatir y de ser vencido. Estuvo encerrado horas enteras para ocultar la humillación de aquel ultimatum, y á sus confidentes la ansiedad de sus resoluciones. Por último dejó entrar á Berthier y Maret, sus dos compañeros de campo de batalla y de gabinete, y con la carta de Caulaincourt en la mano: «¿Qué, les dijo, quieren que firme semejante tratado, y que falte á mi juramento de no segregar nada del territorio del imperio?... Reveses inauditos han podido arancarme la promesa de renunciar á mis conquistas, ¿pero qué abandone también las que se hicieron antes de mí?... ¿qué por premio de tantos esfuerzos, de tanta sangre y de tantas victorias deje á la Francia mas pequeña que la encontré?... ¡jamás!... ¿Qué sería yo para los franceses cuando hubiese firmado su humillación?... ¿Qué respondería á los republicanos del Senado cuando me pidiesen su barrera del Rhin?... ¡Dios me libre de semejante afrenta!... Contestad si queis; decid á Caulain-

court que desecho ese tratado. Prefiero correr los últimos riesgos de los combates.»

Concluidas estas palabras se arrojó sobre su lecho, y permaneció en él algunas horas sin dormir, escuchando á Maret, que le aconsejaba se resignase con la necesidad. Habiendo por fin obtenido Maret autorización para contestar á lo menos en términos evasivos y dilatorios, salió, redactó el despacho, le entregó al correo, y volvió á entrar en la habitación del emperador, para anunciarle que estaba obedecido, y que el correo volaba ya hácia Chatillon.

XII.

Pero el emperador atormentado por el insomnio, y buscando en sus cartas sueños mas dulces que los de su lecho de campaña, salió de él. Medio vestido estaba tendido en el suelo con las manos y la vista fijas sobre sus cartas que tenia desplegadas, midiendo las distancias con las puntas de un compás. Maret entraba con mucho silencio para no despertar á Napoleón, pero levantando éste la cabeza al oír los pasos de su ministro; «¿Ya estais aquí, le dijo con rostro animado y risueño, se trata ahora de concesiones y de protocolos?... En este momento estoy batiendo á Blucher con la vista. Avanza sobre París por el camino de Montmirail. Marcho, la bato mañana, y pasado mañana. Si este movimiento infalible tiene el éxito que yo espero. Cambiará la suerte y usaremos otro lenguaje.»

Así, en una noche y todos los días, su pensamiento tan movable y tan indeciso como su fortuna, imprimía á sus resoluciones las vicisitudes de los acontecimientos, y hasta los reflejos fugaces de sus sueños. Su correspondencia con su hermano José, ex-rey de España, que había dejado en París al frente de los negocios, como tutor

de la emperatriz, y para vigilar á los ministros, no es mas que un cambio de desalientos y esperanzas que siguen la pendiente de su destino, subiendo ó bajando con sus exaltaciones ó sus abatimientos supremos: pero á través de los gritos de victoria de Napoleon, y de las adulaciones de José, domina allí el triste fondo de la realidad.

XIII.

«Hermano mio, escribia el emperador el 8 de febrero, el emperador Alejandro parece que ha tomado falsas disposiciones. Podria vencerle, pero lo sacrifico todo á la necesidad de cubrir á Paris. Ademas, por el partido que yo tomo, no nos veremos en esa estremidad.»

«Señor, contestó José, no puedo disimularos que la consternacion del pueblo de Paris podria producir resultados funestos á la emperatriz y á las princesas. Los hombres adictos á vuestro gobierno, opinan que la salida de la emperatriz de Paris, pudiera dar una capital á los Borbones. Veo retratado el temor en todos los semblantes.»

«Hermano mio, escribia Napoleon, preparad á Paris para todo: llevaos los ministros, y todo lo que haya precioso, al palacio de Fontainebleau.»

Dos dias despues: «Hermano mio, la situacion de Paris no es tan alarmante como generalmente se cree: los que os rodean han perdido la cabeza. Los momentos son críticos indudablemente, mas sin embargo, desde que os he dejado, solo he tenido victorias. El mal espíritu de Talleyrand y de los hombres que quieren adormecer á la nacion, me ha impedido el hacerla correr á las armas, y hé ahí el resultado. Seamos confiados y atrevidos.»

«Señor, replicó José, mas cerca de la opinion en Paris que en un campamento, salvo el tesoro. En el patio

del Carrousel están preparados los furgones para en caso de necesidad. Pensamos en llevarnos los cuadros y las estatuas del Museo. Las rogativas á Santa Genoveva no reanimarán el abatido espíritu del pueblo. El fanatismo religioso inspirado al pueblo por ese recurso de los milagros, solo serviria para aumentar la indolencia y el egoismo de las masas. Nada obtendremos de los católicos mientras no devolvais la libertad y Roma al papa. He pasado el dia en reanimar las esperanzas de hombres que tienen menos firmeza que la emperatriz.»

Cuatro dias despues, Napoleon, aunque demasiado tarde, se decidió á cubrir la capital, y antes de replegarse, escribió á José:

«Remitid esa carta á la emperatriz Josefina, para que escriba á Eugenio que venga á unirse con el ejército de Augereau que cubre á Lyon.

Una semana despues hubo contra orden.

«Señor, contestó todavía José; todos nuestros recursos en Paris consisten en seis mil fusiles. ¿Se levanta y arma con esto un ejército de cuarenta mil hombres?... Las cosas son mas fuertes que los hombres...» Primer grito de la necesidad reconocida. «Ceded á los tiempos, conservad lo que todavía puede conservarse. Salvad vuestra vida preciosa para millones de hombres. No hay deshonra en ceder al número y en aceptar la paz. Le habria en abandonar el trono, porque de ese modo abandonaríais una multitud de hombres que se han entregado en vuestras manos. Haced la paz á toda costa.»

«Hermano mio, contestó Napoleon, el principe de Schwartzemberg, acaba por fin de dar señales de vida. Pide una suspension de armas: ¡cobardes!... Esos miserables al primer choque caen de rodillas. No, nada de armisticio hasta que no hayan evacuado el territorio. Todo ha cambiado en los aliados: Alejandro quiere tratar. El enemigo está abatido: haré una paz todavía mas digna que la de las bases de Francfort.»

«Firmad, señor, dijo José, firmad en el territorio francés invadido lo que hubiérais firmado igualmente con honor al otro lado del Rhin. El enemigo solo os pide tregua para tener tiempo de reunir mas fuertes masas contra vos.»

«No necesitaba vuestros sermones, le respondió el emperador, para estar dispuesto á la paz si fuese posible. Los emperadores habian hecho señalar su alojamiento en Fontainebleau; ahora huyen hácia la Champaña.»

«Señor, las condiciones que me ofrecen, como á vos, son mas bien una capitulacion que una paz. Ahora que huyen deben haber cambiado sus ideas.... Vuestro boletín de hoy ha sido mal recibido por la opinion pública. Algunas de sus frases han sido interpretadas como subterfugios para eludir la paz.»

Napoleon exaltado por el buen éxito, continuó: «Hermano mio, entro en Troyes, y al momento me asedian con parlamentarios para implorar la tregua. Esta tarde estaré en Chatillon-sur-Seine..... El ministro de lo Interior, Mr. de Montalivet es un miedoso: tiene formada una idea muy necia de los hombres. Ni él, ni el ministro de la policía, Savary, conocen á la Francia....»

«Señor, escribió José, Mr. de Montalivet es en extremo celoso por vuestro servicio. Se ocupa en proporcionaros las fuerzas que pedís.»

«Hermano mio, reunid á los ministros, los grandes dignatarios y los presidentes del Consejo de Estado, leedles las condiciones que me proponen, (la Francia en sus antiguos límites). No son consejos lo que quiero; solo deseo conocer las sensaciones.»

«Señor, he celebrado el consejo, y es de parecer que debe aceptarse todo mas bien que esponer á París. La ocupacion de esta ciudad, se mira como el fin de vuestra dinastía y el principio de grandes desgracias. ¡La paz, sea como fuere!... Ahora es necesaria: podrá cesar algun dia cuando la Francia haya respirado. Haced

pues una tregua reservada en vuestro pensamiento, pues que la iniquidad de vuestros enemigos no os permite una paz justa. Quedareis para la Francia y ella os pertenecerá: os reconocerá la Inglaterra. Salvareis segunda vez á la patria con la paz, despues de haberla salvado y hecho ilustre tantas veces con la guerra. La Francia os indemnizará en bendiciones, lo que algunos espíritus superficiales crean que habeis perdido en gloria.

«Ayer, las rentas del estado han bajado á 51 francos, mitad de su valor nominal. Macdonald se ha desmandado. Los exploradores enemigos llegan hasta á algunas leguas de París. Burdeos fermenta como un foco de guerra civil. Soult se ve acometido por fuerzas inmensas. Sois todavía vencedor.... pues firmad la paz. Hareis olvidar á los franceses á Luis XII y Enrique IV. Llegareis á ser el padre del pueblo.»

«Hermano mio, he examinado la posicion del enemigo: es muy fuerte: retrocedo. Marmont se ha portado como un subteniente. La guardia moderna se derrite como la nieve. Mi guardia de caballeria tambien está diezmada, mi guardia antigua se sostiene..... Mandad construir reductos en Montmartre...»

He aqui el continuo diálogo entre el emperador y su hermano durante las peripecias de aquella corta campaña. En él se lee la disposicion interior de su alma con sus pensamientos, y la lucha alternativa de sus ilusiones y de sus resignaciones. Su corazon se elevaba ó comprimía con el acontecimiento de cada dia. Aguardaba que se levantara la Francia, y esta no se movia. Ningun plan mas que el de la víspera, destruido por el del dia siguiente. Caos en el ánimo, fluctuacion en los pensamientos. No podia haber salvacion para el mas que en un partido razonablemente adoptado, seguido con unidad de miras y constancia de operaciones. Todos los tomaba, y en seguida los abandonaba: estos partidos á medias, no podian darle mas que resultados incompletos. El número crecia, el espacio

se estrechaba, corría el tiempo y la Francia se cansaba. Era la campaña de la casualidad; ningún heroísmo podía corregir tan perpetua vicisitud de ideas. La gran timidez de los aliados, proporcionaron hechos brillantes á las armas de Napoleon.

XIV.

Blucher, rechazado pero no batido en la Rothiere, en vez de volver á caer sobre el pequeño ejército del emperador con todas sus fuerzas reunidas, se replegó sobre Chalons, para salir al encuentro de su retaguardia. Desde allí marchó rápidamente sobre París por el valle del Marne. El príncipe de Schwartzberg se aproximó en masa á Troyes, para dirigirse con el mismo objeto por el valle del Sena. Napoleon estaba entre aquellos dos caminos, y los dos ejércitos, á seis leguas de uno y otro, cerrando á Schwartzberg el camino de Troyes á París.

Al saber por los avisos de Macdonald, la invasion de Blucher en las llanuras de París, Napoleon resolvió acometerle de nuevo, batirle y volver á tiempo para atacar á Schwartzberg en las inmediaciones de Troyes. Dirigióse á marchas dobles á Champ-Aubert. Flanqueó al ejército ruso de ciento veinte mil hombres, le derrotó, le mató cinco mil hombres, le atravesó de parte á parte, diseminó los pedazos, arrojó á unos otra vez hacia Chalons, y los otros, á las órdenes de los generales York y Saken, fueron arrollados hasta las llanuras de Meaux desde donde veían los campanarios de París. La victoria fué brillante pero estéril. Al día siguiente, las columnas rusas y prusianas de York y de Saken, volvieron de Meaux al oír el ruido del cañon, en número de sesenta mil hombres, y tropezaron con el fatigado ejército de Napoleon en los collados de Montmirail. Los franceses no contaban mas que veinte y cinco mil combatientes, pero era la flor

de la Francia, experimentada en diez campañas, alentada por la victoria de la vispera, y que creía dar el golpe decisivo de la patria. La batalla encarnizada sobre el declive de las mesetas, y las gargantas que Napoleon tenia que atravesar para acercarse á los prusianos, duró desde el amanecer hasta la noche. Un hermoso sol de invierno doraba los collados despojados de hojas. Brillaban las armas y los cañones, y se distinguían claramente los dos ejércitos y sus movimientos. El uno inmenso, reposado, sintiendo á su espalda el apoyo de nuevas é inagotables columnas: el otro imperceptible, fatigado, sucio con el lodo de las marchas dobles que estaba haciendo desde quince días antes, el polvo de los vivaques y de los combates, sintiendo estrecharse y hundirse cada noche el suelo de la patria debajo de sus plantas, sin tener delante mas perspectiva, aun en caso de victoria, que un campo de batalla inútil, y detrás un segundo ejército que combatir al día siguiente: sin embargo, se hallaba poseído del mayor ardor. Hubiérase dicho que el elevado cabo de la aldea de Marchais, avanzando sobre la llanura, cubierta de baterías y de batallones rusos y prusianos, era las Termópilas de la Francia. El emperador Napoleon se apeó del caballo á la orilla de un bosquecillo destrozado por las balas enemigas, y desde allí dirigia los ataques de sus tropas. Aquella aldea y las quintas diseminadas por las laderas de los collados de que estaba flanqueada, fueron perdidas y recobradas muchas veces por los franceses y prusianos. Numerosos espectadores que habian acudido desde Montmirail y los pueblos inmediatos, contemplaban, como desde las gradas de un circo, aquella lucha desigual del Norte y del Mediodía, en que la guerra, despues de haberse disputado el mundo, se disputaba su propia patria. Los semblantes estaban consternados, enternecidos, los brazos inmóviles: no habia allí mas que ancianos y niños, poblaciones fatigadas con diez años de insaciabiles quintas. Lloraban por la patria, y se interesa-

ban por aquel gran capitán y por aquellos batallones diez-
mados, pero no se incorporaban á ellos. El cansancio ha-
bia producido la indiferencia.

XV.

Al concluir el día, los franceses, para impedir que los prusianos y rusos volvieran á alojarse en las aldeas almenadas al pie de los promontorios de Montmirail, incendiaron algunas granjas. El humo de aquellos incendios y el de las descargas, flotaron largo tiempo sobre los dos ejércitos, como espesas nieblas, sin que pudiese prejugarse cuál sería su suerte. Pero bien pronto Napoleón, reforzado en su derecha por Marmont, salió vencedor de las gargantas, y coronó las alturas del campo de batalla. Los sesenta mil rusos y prusianos de Saken y de York, se precipitaron segunda vez hacia Meaux, buscando al azar el curso del Marne, para atravesarle y cubrirse con él. Si hubiese habido un ejército de reserva al pie de las murallas de París habrían sido aniquilados, y Napoleón, cayendo sobre Blucher, disminuido en la mitad de sus batallones, le hubiera destrozado al pie de los Vosges. Pero no podía más que vencer, no podía ni aprovechar una victoria, ni perseguir á un cuerpo de ejército vencido.

XVI.

Lo hizo sin embargo, y eso fué su pérdida. Olvidó ó aparentó olvidar que Blucher volvía sobre él por su derecha, reforzado con un nuevo ejército de cien mil hombres, por la unión de los generales Kleist y Langeron, que volvían del bloqueo de Maguncia para entrar en línea.

Olvidó que Schwartzberg con otros doscientos mil combatientes, quedaba á su espalda por el camino de Troyes á París. Dió algunos pasos en persecucion de Saken y de York. Mas á los dos días de su victoria, Blucher con todo su ejército desembocó en Montmirail por el camino de Chalons, y se estendió hasta Vauchamp, aldea en donde Napoleón indeciso parecia aguardarle. Una segunda batalla, mas desigual, tan terrible y tan triunfante para Napoleón, se empeñó entre el ejército fresco de Blucher y los restos despedazados pero infatigables de Bonaparte. El genio de su gefe, la intrepidez de su alma, inmortalizó segunda vez las llanuras de Montmirail. En vano Blucher rechazado y arrollado por todas partes se dirige desde los puestos avanzados á la retaguardia de sus columnas, poseido de ese valor de soldado que sustituye el brazo á la cabeza, y que trasforma inútilmente al general en héroe. Dos veces envuelto por los franceses, combatiendo con su mano, derribado de su caballo, levantado por sus húsares, y librado por sus tenientes, regó con su sangre aquel vasto campo de batalla. Su ímpetu salvaje fué desconcertado por la mirada superior y fria de Napoleón. El segundo ejército ruso y superior, atravesando á Montmirail por entre las balas y los obuses de los franceses, se dispersó como el primero en las sombras de la noche por el camino de Chalons, por donde habia llegado. De este modo, el emperador, con su mano izquierda, rechazó á York y Saken á las orillas desconocidas del Marne, y con la derecha rechazó á Blucher, Kleist y Langeron, á las taladas llanuras de Chalons. París podía respirar: Napoleón tenia algun espacio y algunos días. Cobró impulso, pero recobró tambien su orgullo. Olvidó en Montmirail que cinco victorias en diez días no eran una campaña, y que sus golpes no ofendían mas que en derredor suyo. La oleada distante reflúa siempre para tragársele. Napoleón era vencedor y la patria estaba perdida.

XVII.

En aquel destello de fortuna se apresuró á revocar la autorizacion que habia dado á Caulaincourt á firmar la paz sobre la base de las fronteras reducidas al territorio de 1789. «He vencido; vuestra actitud debe ser la misma para la paz, escribió desde el campo de batalla á su plenipotenciario, pero no firmeis nada sin orden mia, porque yo solo conozco mi posicion.» Era evidente que reservaba toda la negociacion á su espada, y que el congreso no era mas que una conversacion durante las marchas y las batallas: solo negociaba el cañon.

XVIII.

Mientras se embriagaba asi con una corta esperanza y un reducido horizonte en Montmirail, dando algunos dias de descanso á sus tropas, curando los heridos y enterrando los muertos, el ejército de los emperadores, sin encontrar obstáculo, pasaba el Sena en innumerables columnas por Nogent-sur-Seine y Montereau, amenazando á Paris por sus mas espaciosos valles y por la parte del Este y del Mediodía. La capital, tranquilizada un momento por el lado de Meaux, principiaba á mirar con terror por la parte de Melun y de Fontainebleau. No tenia para cubrir el Sena mas que dos veteranos de Napoleon, los mariscales Victor y Oudinot. Gefes intrépidos, pero reducidos á unos cuantos puñados de hombres, no podian mas que disputar los caminos y los puentes, por honor mas bien que por la salvacion. Replegábanse lentamente, pero con desesperacion, sobre Paris, que no les enviaba ni un soldado, dejando cada noche una par-

te de los suyos en el campo de batalla ó en los caminos. Su retirada, convergente á las llanuras que rodean la capital, debia conducirlos mas ó menos pronto á reunirse con el emperador, como á una última etapa, para sucumbir juntos.

XIX.

Napoleon, tranquilo todo un dia por el asombro que habia causado á York, Saken, Blucher, Kleist, Lange-ron, los prusianos y los rusos, se puso en movimiento con un ejército un poco aumentado con los refuerzos de Marmont y de Mortier. Para aumentar su celeridad echó mano de cuantos carruages y caballerías encontró al paso. Sus cañones, su guardia y su infantería fueron transportados en posta: su caballería dobló las marchas. Devoraba el espacio y parecia anteponerse al tiempo. Treinta horas de dia y de noche le bastaron para atravesar el diámetro entero desde el Marne al Sena, entre Montmirail y Montereau. Al rumor de sus primeros pasos, que llegaban multiplicados por el ruido de sus últimas victorias sobre los rusos, el general austriaco Blanche, que con treinta mil hombres habia llegado hasta las puertas de Fontainebleau, retrocedió á Fossard. La aldea de Fossard, unida á la ciudad de Montereau por una corta calzada como la calle de un arrabal, es la encrucijada del camino de Paris á Fontainebleau y de otros dos caminos que conducen desde Paris á Troyes. Uno de ellos pasa por Montereau. Atraviesa dos puentes, famosos en las guerras civiles, sobre el Sena y el Yonne, cerca de su confluencia. Napoleon mandó al general Victor, que ya estaba á sus órdenes, que se apoderase de aquellos dos puentes indispensables para su plan de atacar al dia siguiente á Blanche en Fossard y cortar en dos al ejército austriaco, como ya habia hecho con el ruso. Victor, fa-

tigado, obedeció perezosamente y perdió la hora dando descanso á sus batallones. Una columna wurtemberguesa destacada por Blanchi se le anticipó, atravesó á Montereau, fortificó los puentes, trepó por las elevadas riberas de creta que dominan aquella ciudad, y sobre las alturas de Surville se dispuso á cerrar á Napoleon la bajada á Montereau. Victor, desesperado y tratado con dureza por el emperador, quiso lavar con su sangre las reprobaciones de su gefe. Ataca á los wurtembergueses como hombre que quiere el paso ó la muerte: procura sacrificarse. Su yerno el general Chateau cae muerto á sus pies. Al ruido de aquella lucha en las faldas de las colinas de Montereau, Napoleon apresura sus columnas y se ve cañoneado por las baterías de los austriacos cuando los creia al otro lado de los puentes. Se irrita, se obstina, lanza al asalto su guardia, precipita á los wurtembergueses de las alturas sobre la ciudad; desde allí, con su propia mano, apunta sus cañones contra los enemigos formados en masa en las calles y los puentes. Crúzanse los fuegos: los artilleros de Napoleon ruedan á sus pies entre el cieno y la sangre. Los que sobreviven le conjuran que se ponga á cubierto y conserve un gefe y un pensamiento á la Francia: «Andad, amigos míos, les contestó sonriéndose y mirando con ojos serenos los proyectiles que removian el terreno en derredor suyo, la bala que debe matarme no está aun fundida.» De este modo aguarda la tardía llegada de sus masas. Entretanto hace vacilar con los disparos de su inespugnable artillería al ejército que veía descubierto entre Fossard y Montereau. Al concluir el día llega el refuerzo, lanza al general Gerard, uno de sus mejores tenientes, á la cabeza de un cuerpo de bretones contra el arrabal de Montereau para barrer la calle que conducia á los puentes. Pajol, intrépido oficial de caballería, se aprovecha del paso abierto por Gerard, marcha á cubierto y al abrigo de los cañones del emperador hasta un recodo del arrabal que

conduce á los puentes. La caballería al galope, los atravesada mezclada con los austriacos, acuchilla á los fugitivos, abre paso á Napoleon y avanza por la calzada hasta Fossard. Napoleon con sus cuarenta mil hombres que habian llegado durante la jornada, pasa los rios que cubrian á Blanchi. Victoria brillante, pero inútil. Mientras forzaba aquel paso, Blanchi, replegando rápidamente sus treinta mil hombres desde Fontainebleau hasta Sens, frustra el plan del emperador y se ponía en comunicacion con Schwartzberg. Se libraba, pero huía. En Paris resonó la fama de las hazañas de Montereau. Los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia, consternados al ver rechazada su vanguardia, vacilaban en si avanzarían ó retrocederían. Napoleon, rápido y temerario como la sorpresa, dejó las llanuras de París, y persiguió á Blanchi en retirada por el camino de Troyes. El 21 hizo alto en Bray, y se alojó en la misma habitacion que el emperador de Rusia acababa de dejar, para seguir la corriente del reflujo que volvía á llevar á los aliados á la Champaña. Schwartzberg hacia ya retroceder los bagages hasta los desfiladeros de los Vosges. Los rusos de la guardia del emperador que le seguian en el cuartel general austriaco se retiraron á Langres. Los soberanos estaban en Chaumont. El cañon de Montereau reconquistó á Napoleon sesenta leguas de espacio y de libertad de movimiento. El 23 entró vencedor en Troyes, siguiendo los pasos á los rusos de Alejandro. La ciudad libertada le recibió en triunfo. Testigo del terror del enemigo, creia ver en el regreso de Napoleon la vuelta decisiva de la victoria.

XX.

El mismo Napoleon participaba de la confianza que renacia á la vista de sus invencibles batallones. Aquella vez, la paz estaba en sus manos si se hubiese apresurado